

➤ *Solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo (2012). La Eucaristía transforma toda nuestra vida en culto espiritual agradable a Dios. El nuevo culto cristiano abarca todos los aspectos de la vida. Todo lo que hay de auténticamente humano —pensamientos y afectos, palabras y obras— encuentra en el sacramento de la Eucaristía la forma adecuada para ser vivido en plenitud. El culto agradable a Dios se convierte así en un nuevo modo de vivir todas las circunstancias de la existencia, en la que cada detalle queda exaltado al ser vivido dentro de la relación con Cristo y como ofrenda a Dios. La participación de los fieles en la Misa: aprender a ofrecerse a sí mismos. El objetivo de la vida moral del cristiano es hacer de su vida un don y «una ofrenda viva» cfr. Romanos 12,1. Sólo de la unión con Jesús puede obtener el sacerdote la fecundidad espiritual que es generadora de esperanza en el ministerio pastoral.*

❖ Cfr. Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo Año B - 10/06/2012.

Éxodo 24, 3-8; Hebreos 9, 11-15; Marcos 14, 12-16.22-26

Exodo 24,3-8: 3 En aquellos días, Moisés bajó y refirió al pueblo todas las palabras del Señor y todas sus normas. Y todo el pueblo respondió a una voz: "Cumpliremos todas las palabras que ha dicho el Señor." 4 Entonces escribió Moisés todas las palabras del Señor; y, levantándose de mañana, alzó al pie del monte un altar y doce estelas por las doce tribus de Israel. 5 Luego mandó a algunos jóvenes, de los israelitas, **que** ofreciesen holocaustos e inmolaran novillos como sacrificios de comunión para el Señor. 6 Tomó Moisés la mitad de la sangre y la echó en vasijas; **la otra mitad la derramó sobre el altar.** 7 Tomó después el libro de la Alianza y lo leyó ante el pueblo, que respondió: "Obedeceremos y haremos todo cuanto ha dicho el Señor." 8 Entonces **tomó Moisés la sangre, roció con ella al pueblo** y dijo: "Esta es la sangre de la Alianza que el Señor ha hecho con vosotros, según todas estas palabras."

Hebreos 9, 11-15: 11 Hermanos Cristo ha venido como Sumo Sacerdote de los bienes definitivos, a través de un Tabernáculo más excelente, perfecto y no hecho por mano de hombre, es decir, no de este mundo creado, 12 y no por medio de la sangre de machos cabríos y becerros, sino **por su propia sangre**, entró de una vez para siempre en el Santuario, consiguiendo así una redención eterna. 13 Porque si la sangre de machos cabríos y toros y la aspersion de la ceniza de una vaca pueden santificar a los impuros en cuanto a la purificación de la carne, 14 **¡cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo como víctima inmaculada a Dios, limpiará de las obras muertas nuestra conciencia para dar culto al Dios vivo!** 15 Y por esto es mediador de una nueva alianza, a fin de que, habiendo muerto para redimir las transgresiones cometidas bajo la primera alianza, los que han sido llamados reciban la herencia eterna prometida.

Aleluya (antes del Evangelio): Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo - dice el Señor -; el que coma de este pan vivirá para siempre (Juan 6, 51).

Marcos 14,12-16. 22-26. 12 El primer día de los Azimos, cuando sacrificaban el cordero pascual, le dicen sus discípulos: ¿Dónde quieres que vayamos y preparemos para que comas la Pascua? 13 Entonces envía dos de sus discípulos, y les dice: Id a la ciudad y os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle; 14 y allí donde entre, decid al dueño de la casa que el Maestro pregunta: ¿Dónde está mi sala, donde coma la Pascua con mis discípulos? 15 Y él os mostrará una habitación en el piso de arriba, grande, ya amueblada; dispóned allí para nosotros. 16 Y marcharon los discípulos, llegaron a la ciudad, encontraron como les había dicho, y prepararon la Pascua. 22 Mientras cenaban, tomó pan, y después de bendecir lo partió, se lo dio a ellos y dijo: Tomad, esto es mi cuerpo. 23 Y tomando el cáliz, habiendo dado gracias, se lo dio y bebieron de él todos. 24 Y les dijo: Esta es mi sangre de la Nueva Alianza, **que será derramada por muchos.** 25 En verdad os digo que ya no beberé del fruto de la vid hasta aquel día en que lo beba nuevo en el Reino de Dios. 26 Y recitado el himno, salieron hacia el Monte de los Olivos.

¡Cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo como víctima inmaculada a Dios,

limpiará de las obras muertas nuestra conciencia para dar culto al Dios vivo!

(2ª Lectura, Hebreos 9,14).

**«El Padre que vive me ha enviado y yo vivo por el Padre;
del mismo modo, el que come, vivirá por mí» (Juan 6,57).**

**Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo - dice el Señor -;
el que coma de este pan vivirá para siempre (Aleluya antes del Evangelio, Juan 6,51)**

1. El culto al Dios vivo es la ofrenda de nuestras vidas a Dios. La Eucaristía transforma toda nuestra vida en culto espiritual agradable a Dios.

Cfr. Benedicto XVI, Exhortac. Apostólica «Sacramentum caritatis», 22 febrero 2007

- **En el pan y en el vino, bajo cuya apariencia Cristo se nos entrega en la cena pascual, nos llega toda la vida divina y se comparte con nosotros en la forma del Sacramento.**

- **n. 8** “En el pan y en el vino, bajo cuya apariencia Cristo se nos entrega en la cena pascual (cf. *Lc* 22,14-20; *I Co* 11,23-26), nos llega toda la vida divina y se comparte con nosotros en la forma del Sacramento. Dios es comunión perfecta de amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Ya en la creación, el hombre fue llamado a compartir en cierta medida el aliento vital de Dios (cf. *Gn* 2,7). Pero es en Cristo muerto y resucitado, y en la efusión del Espíritu Santo que se nos da sin medida (cf. *Jn* 3,34), donde nos convertimos en verdaderos partícipes de la intimidad divina. [16] Jesucristo, pues, « que, en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha » (*Hb* 9,14), nos comunica la misma vida divina en el don eucarístico”.

- **En la Eucaristía nos implicamos en la dinámica de la entrega de Jesús.**

- **n. 11.** (...) « La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús. No recibimos solamente de modo pasivo el *Logos*, sino que nos implicamos en la dinámica de su entrega ».[*Deus caritas est*, 228] Él « nos atrae hacia sí ».[Homilía en la Explanada de Marenfield, 21 agosto 2005] La conversión sustancial del pan y del vino en su cuerpo y en su sangre introduce en la creación el principio de un cambio radical, como una forma de « fisión nuclear », por usar una imagen bien conocida hoy por nosotros, que se produce en lo más íntimo del ser; un cambio destinado a suscitar un proceso de transformación de la realidad, cuyo término último será la transfiguración del mundo entero, el momento en que Dios será todo para todos (cf. *I Co* 15,28).

- **La Eucaristía transforma toda nuestra vida en culto espiritual agradable a Dios.**

- **Comulgando el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo se nos hace partícipes de la vida divina de un modo cada vez más adulto y consciente.**

Cristo nos alimenta uniéndonos a él: « nos atrae hacia sí ».

- **n.70.** El Señor Jesús, que por nosotros se ha hecho alimento de verdad y de amor, hablando del don de su vida nos asegura que « quien coma de este pan vivirá para siempre » (*Jn* 6,51). Pero esta « vida eterna » se inicia en nosotros ya en este tiempo por el cambio que el don eucarístico realiza en nosotros: « El que come vivirá por mí » (*Jn* 6,57). Estas palabras de Jesús nos permiten comprender cómo el misterio « creído » y « celebrado » contiene en sí un dinamismo que hace de él principio de vida nueva en nosotros y forma de la existencia cristiana. En efecto, comulgando el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo se nos hace partícipes de la vida divina de un modo cada vez más adulto y consciente. Análogamente a lo que san Agustín dice en las *Confesiones* sobre el Logos eterno, alimento del alma, poniendo de relieve su carácter paradójico, el santo Doctor imagina que se le dice: « Soy el manjar de los grandes: creces, y me comerás, sin que por eso me transforme en ti, como el alimento de tu carne; sino que tú te transformarás en mí ».(198) En efecto, no es el alimento eucarístico el que se transforma en nosotros, sino que somos nosotros los que gracias a él acabamos por ser cambiados misteriosamente. Cristo nos alimenta uniéndonos a él; « nos atrae hacia sí ».(Homilía en la Explanada de Marienfield, 21 agosto 2005; Homilía en la Vigilia de Pentecostés, 3 junio 2006).

(...) las palabras de san Pablo a los Romanos son la formulación más sintética de cómo la Eucaristía transforma toda nuestra vida en culto espiritual agradable a Dios: « Os exhorto, por la misericordia de Dios, a presentar vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios; éste es vuestro culto razonable » (*Rm* 12,1). En esta exhortación se ve la imagen del nuevo culto como ofrenda total de la propia persona en comunión con toda la Iglesia.

(...) la doctrina católica afirma que la Eucaristía, como sacrificio de Cristo, es también sacrificio de la Iglesia, y por tanto de los fieles.(Catecismo de la Iglesia, 1368) La insistencia sobre el sacrificio —« hacer sagrado »— expresa aquí toda la densidad existencial que se encuentra implicada en la transformación de nuestra realidad humana ganada por Cristo (cf. *Filipenses* 3,12).

- **El nuevo culto cristiano abarca todos los aspectos de la vida**
 - **Todo lo que hay de auténticamente humano —pensamientos y afectos, palabras y obras— encuentra en el sacramento de la Eucaristía la forma adecuada para ser vivido en plenitud.**

- **n. 71.** El nuevo culto cristiano abarca todos los aspectos de la vida, transfigurándola: « Cuando comáis o bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios » (*I Co* 10,31).

El cristiano está llamado a expresar en cada acto de su vida el verdadero culto a Dios. De aquí toma forma la naturaleza intrínsecamente eucarística de la vida cristiana.

La Eucaristía, al implicar la realidad humana concreta del creyente, hace posible, día a día, la transfiguración progresiva del hombre, llamado a ser por gracia imagen del Hijo de Dios (cf. *Rm* 8,29 s.).

Todo lo que hay de auténticamente humano —pensamientos y afectos, palabras y obras— encuentra en el sacramento de la Eucaristía la forma adecuada para ser vivido en plenitud.

Aparece aquí todo el valor antropológico de la novedad radical traída por Cristo con la Eucaristía: el culto a Dios en la vida humana no puede quedar relegado a un momento particular y privado, sino que, por su naturaleza, tiende a impregnar cualquier aspecto de la realidad del individuo.

- **El culto agradable a Dios se convierte así en un nuevo modo de vivir todas las circunstancias de la existencia, en la que cada detalle queda exaltado al ser vivido dentro de la relación con Cristo y como ofrenda a Dios.**

El culto agradable a Dios se convierte así en un nuevo modo de vivir todas las circunstancias de la existencia, en la que cada detalle queda exaltado al ser vivido dentro de la relación con Cristo y como ofrenda a Dios. La gloria de Dios es el hombre viviente (cf. *I Co* 10,31). Y la vida del hombre es la visión de Dios. (San Ireneo, *Contra las herejías* IV, 20).

2. Esta novedad radical que la Eucaristía introduce en la vida del hombre ha estado presente en la conciencia cristiana desde el principio.

Cfr. Benedicto XVI, *Exhortac. Apostólica «Sacramentum caritatis»*, 22 febrero 2007

- **La Eucaristía ejerce un influjo sobre el estilo de vida.**
 - **Los primeros cristianos eran presentados como los que viven «según el domingo».**

- **n. 72.** Esta novedad radical que la Eucaristía introduce en la vida del hombre ha estado presente en la conciencia cristiana desde el principio. Los fieles han percibido en seguida el influjo profundo que la Celebración eucarística ejercía sobre su estilo de vida. San Ignacio de Antioquía expresaba esta verdad calificando a los cristianos como « los que han llegado a la nueva esperanza », y los presentaba como los que viven « según el domingo » (*iuxta dominicam viventes*). (204) Esta fórmula del gran mártir antioqueno ilumina claramente la relación entre la realidad eucarística y la vida cristiana en su cotidianidad.

La costumbre característica de los cristianos de reunirse el primer día después del sábado para celebrar la resurrección de Cristo —según el relato de san Justino mártir (205)— es el hecho que define también la forma de la existencia renovada por el encuentro con Cristo. La fórmula de san Ignacio —« vivir según el domingo »— subraya también el valor paradigmático que este día santo posee respecto a cualquier otro día de la semana. En efecto, su diferencia no está simplemente en dejar las actividades habituales, como una especie de paréntesis dentro del ritmo normal de los días. Los cristianos siempre han vivido este día como el primero de la semana, porque en él se hace memoria de la radical novedad traída por Cristo.

Así pues, el domingo es el día en que el cristiano encuentra esa forma eucarística de su existencia y a la que está llamado a vivir constantemente. « Vivir según el domingo » quiere decir vivir conscientes de la liberación traída por Cristo y desarrollar la propia vida como ofrenda de sí mismos a Dios, para que su victoria se manifieste plenamente a todos los hombres a través de una conducta renovada íntimamente.

- **La relación entre el verdadero culto espiritual y la necesidad de entender de un modo nuevo la vida y vivirla.**

- **n.77.** (...) Resulta significativo que san Pablo, en el pasaje de la Carta a los Romanos en que invita a vivir el nuevo culto espiritual, menciona al mismo tiempo la necesidad de cambiar el propio modo de vivir y pensar: « Y no os ajustéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que agrada, lo perfecto » (12,2). De esta manera, el Apóstol de las gentes subraya la relación entre el verdadero culto espiritual y la necesidad de entender de un modo nuevo la vida y vivirla. La renovación de la mentalidad es parte integrante de la forma eucarística de la vida cristiana, « para que ya no seamos niños sacudidos por las olas y llevados al retortero por todo viento de doctrina » (*Efesios* 4,14).

2. La comunión con Cristo produce una íntima transformación del fiel.

- **Participando en el sacrificio de la cruz, el cristiano comulga con el amor de entrega de Cristo y se capacita y compromete a vivir esta misma caridad en todas sus actitudes y comportamientos de vida.**

Juan Pablo II: Catequesis, miércoles 18 de octubre del 2000:

- La comunión con Cristo produce una íntima transformación del fiel. San Cirilo de Alejandría describe de modo eficaz este acontecimiento mostrando su resonancia en la existencia y en la historia: "Cristo nos forma según su imagen de manera que los rasgos de su naturaleza divina resplandezcan en nosotros a través de la santificación, la justicia y la vida buena y según la virtud. La belleza de esta imagen resplandece en nosotros, que estamos en Cristo, cuando con nuestras obras nos mostramos hombres buenos" (*Tractatus ad Tiberium diaconum sociosque*, II, *Responsiones ad Tiberium diaconum sociosque*, en *In divi Johannis Evangelium*, vol. III, Bruselas 1965, p. 590). "Participando en el sacrificio de la cruz, el cristiano comulga con el amor de entrega de Cristo y se capacita y compromete a vivir esta misma caridad en todas sus actitudes y comportamientos de vida. En la existencia moral se revela y se realiza también el servicio real del cristiano" (*Veritatis splendor*, 107). Ese servicio regio tiene su raíz en el bautismo y su florecimiento en la comunión eucarística. Así pues, el camino de la santidad, del amor y de la verdad es la revelación al mundo de nuestra intimidad divina, realizada en el banquete de la Eucaristía.

3. Por qué la obra de salvación de Cristo no queda relegada al pasado.

Juan Pablo II, Encíclica «Ecclesia de Eucharistia», nn. 11

- **Porque todo lo que Cristo es y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos.**

11. (...) La Iglesia ha recibido la Eucaristía de Cristo, su Señor, no sólo como un don entre otros muchos, aunque sea muy valioso, sino como el don por excelencia, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación. Ésta no queda relegada al pasado, pues «todo lo que Cristo es y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos...» (Catecismo de la Iglesia Católica, 1085).

- **Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, memorial de la muerte y resurrección de su Señor, se hace realmente presente este acontecimiento central de salvación y «se realiza la obra de nuestra redención».**

Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, memorial de la muerte y resurrección de su Señor, se hace realmente presente este acontecimiento central de salvación y «se realiza la obra de nuestra redención» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, 3). Este sacrificio es tan decisivo para la salvación del género humano, que Jesucristo lo ha realizado y ha vuelto al Padre sólo después de habernos dejado el medio para participar de él, como si hubiéramos estado presentes. Así, todo fiel puede tomar parte en él, obteniendo frutos inagotablemente. Ésta es la fe de la que han vivido a lo largo de los siglos las generaciones cristianas.

Ésta es la fe que el Magisterio de la Iglesia ha reiterado continuamente con gozosa gratitud por tan inestimable don (Cf. Pablo VI, El «credo» del Pueblo de Dios (30 junio 1968), 24). Deseo, una vez más, llamar la atención sobre esta verdad, poniéndome con vosotros, mis queridos hermanos y hermanas, en adoración delante de este Misterio: Misterio grande, Misterio de misericordia. ¿Qué más podía hacer Jesús por nosotros? Verdaderamente, en la Eucaristía nos muestra un amor que llega «hasta el extremo» (Jn 13, 1), un amor que no conoce medida.

3. Jesús no afirmó solamente que lo que les daba de comer y beber era su cuerpo y su sangre, sino que manifestó su valor sacrificial, haciendo presente de modo sacramental su sacrificio.

Juan Pablo II, Encíclica «Ecclesia de Eucharistia», n. 12

12. «Este aspecto de caridad universal del Sacramento eucarístico se funda en las palabras mismas del Salvador. Al instituirlo, no se limitó a decir «Éste es mi cuerpo», «Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre», sino que añadió «entregado por vosotros... derramada por vosotros» (Lc 22, 19-20). No afirmó solamente que lo que les daba de comer y beber era su cuerpo y su sangre, sino que manifestó su valor sacrificial, haciendo presente de modo sacramental su sacrificio, que cumpliría después en la cruz algunas horas más tarde, para la salvación de todos. «La misa es, a la vez e inseparablemente, el memorial sacrificial en que se perpetúa el sacrificio de la cruz, y el banquete sagrado de la comunión en el Cuerpo y la Sangre del Señor» (Catecismo de la Iglesia Católica, 1382).

- **La Iglesia vive continuamente del sacrificio redentor, y accede a él no solamente a través de un recuerdo lleno de fe, sino también en un contacto actual, puesto que este sacrificio se hace presente, perpetuándose sacramentalmente en cada comunidad que lo ofrece por manos del ministro consagrado.**

La Iglesia vive continuamente del sacrificio redentor, y accede a él no solamente a través de un recuerdo lleno de fe, sino también en un contacto actual, puesto que este sacrificio se hace presente, perpetuándose sacramentalmente en cada comunidad que lo ofrece por manos del ministro consagrado. De este modo, la Eucaristía aplica a los hombres de hoy la reconciliación obtenida por Cristo una vez por todas para la humanidad de todos los tiempos. En efecto, «el sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son, pues, un único sacrificio» (Catecismo de la Iglesia Católica, 1367). Ya lo decía elocuentemente san Juan Crisóstomo: «Nosotros ofrecemos siempre el mismo Cordero, y no uno hoy y otro mañana, sino siempre el mismo. Por esta razón el sacrificio es siempre uno sólo [...]. También nosotros ofrecemos ahora aquella víctima, que se ofreció entonces y que jamás se consumirá» (Homilías sobre la carta a los Hebreos, 17, 3).

La Misa hace presente el sacrificio de la Cruz, no se le añade y no lo multiplica (Cf. Conc. Ecum. Tridentino, Ses. XXII, Doctrina de ss. Missae sacrificio, cap. 2). Lo que se repite es su celebración memorial, la « manifestación memorial » (Cf. Pío XII, Carta enc. Mediator Dei), por la cual el único y definitivo sacrificio redentor de Cristo se actualiza siempre en el tiempo. La naturaleza sacrificial del Misterio eucarístico no puede ser entendida, por tanto, como algo aparte, independiente de la Cruz o con una referencia solamente indirecta al sacrificio del Calvario”.

4. La participación de los fieles en la Misa: aprender a ofrecerse a sí mismos.

- **Plegaria Eucarística III: se pide al Señor los transforme en “ofrenda permanente”.**

En la Plegaria Eucarística III, después de la consagración pedimos que el Señor nos transforme en «ofrenda permanente». Se trata de seguir el mandato del Señor que dijo cuando instituyó la Eucaristía: “Este es mi cuerpo que es entregado por vosotros. Haced esto en memoria mía” (Cf. Lucas 22,19).

Como Jesús se dio por nosotros, así nosotros hemos de darnos los unos por los otros. "La Iglesia desea que los fieles no sólo ofrezcan la hostia inmaculada, sino que aprendan a ofrecerse a sí mismos, y que de día en día perfeccionen con la mediación de Cristo, la unión con Dios y entre sí, de modo que sea Dios todo en todos" ("Instrucción General para el uso del Misal Romano", n. 55 s.: cfr. Misal Romano; Cf. Juan Pablo II, Carta sobre el misterio y el culto de la Eucaristía, 24/II/1980, n. 9).

Por la comunión del pan y del vino, que, después de la consagración, son el Cuerpo y la Sangre del Señor, nos unimos a Cristo y a su Iglesia y nos convertimos en hijos de Dios y consanguíneos suyos. La Eucaristía es como una transformación, como una transfusión de la sangre, de la vida, del espíritu de Cristo.

Participamos así en vida y en su misión¹. Los primeros cristianos se tomaban muy en serio la participación en la celebración en la eucaristía, y, como consecuencia, vivían como hermanos. La celebración de la Eucaristía (la Misa) era para ellos el memorial imborrable del amor de Dios, y un estímulo irresistible de solidaridad con los demás. Se ha dicho que hoy día frecuentemente los cristianos reducimos la misa a un rito en el sentido de que nos perdemos de la misa la mitad dado que apenas trasciende de las puertas del templo a la calle, a nuestra vida diaria. Es como si nos contentásemos con “venir a misa”, en vez de participar en la Eucaristía para acrecentar nuestra unión con el Señor (comunión con Él) y también con los demás, en nuestras relaciones con el prójimo: familiares, laborales, de amistad, etc.

5. Eucaristía y transformación moral

- **n. 82.** Descubrir la belleza de la forma eucarística de la vida cristiana nos lleva a reflexionar también sobre la fuerza moral que dicha forma produce para defender la auténtica libertad de los hijos de Dios. Con esto deseo recordar una temática surgida en el Sínodo sobre la relación entre *forma eucarística de la vida y transformación moral*. El Papa Juan Pablo II afirmaba que la vida moral « posee el valor de un “culto espiritual” (Rm 12,1; cf. Flp 3,3) que nace y se alimenta de aquella inagotable fuente de santidad y glorificación de Dios que son los sacramentos, especialmente la Eucaristía; en efecto, participando en el sacrificio de la Cruz, el cristiano comulga con el amor de donación de Cristo y se capacita y compromete a vivir esta misma caridad en todas sus actitudes y comportamientos de vida ». (228) En definitiva, « en el “culto” mismo, en la comunión eucarística, está incluido a la vez el ser amado y el amar a los otros. Una

¹ Cfr. Catecismo de la Iglesia Católica n. 787: “Desde el comienzo, Jesús asoció a sus discípulos a su vida (Cf Marcos 1, 16-20; 3, 13-19); les reveló el Misterio del Reino (Cf Mateo 13, 10-17); les dio parte en su misión, en su alegría (Cf Lucas 10, 17-20) y en sus sufrimientos (Cf Lucas 22, 28-30) (...)”.

Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es fragmentaria en sí misma ». (Deus caritas est, 14)

Esta referencia al valor moral del culto espiritual no se ha de interpretar en clave moralista. Es ante todo el gozoso descubrimiento del dinamismo del amor en el corazón que acoge el don del Señor, se abandona a Él y encuentra la verdadera libertad. La transformación moral que comporta el nuevo culto instituido por Cristo, es una tensión y un deseo cordial de corresponder al amor del Señor con todo el propio ser, no obstante la conciencia de la propia fragilidad. Todo esto está bien reflejado en el relato evangélico de Zaqueo (cf. *Lc* 19,1-10). Después de haber hospedado a Jesús en su casa, el publicano se ve completamente transformado: decide dar la mitad de sus bienes a los pobres y devuelve cuatro veces más a quienes había robado. El impulso moral, que nace de acoger a Jesús en nuestra vida, brota de la gratitud por haber experimentado la inmerecida cercanía del Señor.

- **El objetivo de la vida moral del cristiano es hacer de su vida un don y «una ofrenda viva» cfr. Rom 12,1**

[Raniero Cantalamessa, El canto del Espíritu, Meditaciones sobre el *Veni Creator*, PPC 1999]

- El Espíritu Santo (que prolonga en la historia el acto de donarse del Dios trino) “es el único que puede ayudarnos a hacer de nuestra vida un don y una «ofrenda viva». En esto se resume todo el objetivo de la vida moral del cristiano: ésta es, para Pablo, la única respuesta adecuada a la Pascua de Cristo: **«Os pido, pues hermanos, por la misericordia de Dios, que os ofrezcáis como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios»** (Rom 12, 1). “Transformaos mediante la renovación de vuestra mente, de forma que podáis distinguir cuál es la voluntad de Dios ...” (Rom 12,2)

5. Eucaristía y sacerdocio

- **La forma eucarística de la existencia cristiana se manifiesta de modo particular en el estado de vida sacerdotal.**

Cfr. Benedicto XVI, Exhortac. Apostólica «Sacramentum caritatis», 22 febrero 2007

[80]. La forma eucarística de la existencia cristiana se manifiesta de modo particular en el estado de vida sacerdotal. La espiritualidad sacerdotal es intrínsecamente eucarística. La semilla de esta espiritualidad se puede encontrar ya en las palabras que el Obispo pronuncia en la liturgia de la Ordenación: « Recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor ».(222) El sacerdote, para dar a su vida una forma eucarística cada vez más plena, ya en el período de formación y luego en los años sucesivos, ha de dedicar tiempo a la vida espiritual.(JPII, Pastores dabo vobis, 19-33; 70-81) Él está llamado a ser siempre un auténtico buscador de Dios, permaneciendo al mismo tiempo cercano a las preocupaciones de los hombres. Una vida espiritual intensa le permitirá entrar más profundamente en comunión con el Señor y le ayudará a dejarse ganar por el amor de Dios, siendo su testigo en todas las circunstancias, aunque sean difíciles y sombrías. Por esto, junto con los Padres del Sínodo, recomiendo a los sacerdotes « la celebración cotidiana de la santa Misa, aun cuando no hubiera participación de fieles ».(224) Esta recomendación está en consonancia ante todo con el valor objetivamente infinito de cada Celebración eucarística; y, además, está motivado por su singular eficacia espiritual, porque si la santa Misa se vive con atención y con fe, es formativa en el sentido más profundo de la palabra, pues promueve la conformación con Cristo y consolida al sacerdote en su vocación.

- **Sólo de la unión con Jesús puede obtener el sacerdote la fecundidad espiritual que es generadora de esperanza en el ministerio pastoral.**

Benedicto XVI, Homilía, Corpus Christi, 11 junio 2009

- “Me dirijo particularmente a vosotros, queridos sacerdotes, que Cristo ha elegido para que junto con Él podáis vivir vuestra vida como sacrificio de alabanza por la salvación del mundo. Sólo de la unión con Jesús podéis obtener esa fecundidad espiritual que es generadora de esperanza en vuestro ministerio pastoral. Recuerda san León Magno que “nuestra participación en el cuerpo y la sangre de Cristo sólo tiende a volvernos en aquello que recibimos” (Sermón 12, De Passione 3, 7, PL 54). Si ello es verdad para cada cristiano, lo es con mayor razón para nosotros los sacerdotes. (...) Es lo que los fieles esperan del sacerdote: el ejemplo, es decir, de una auténtica devoción a la Eucaristía; aman verlo transcurrir largas pausas de silencio y de adoración ante Jesús, como hacía el santo cura de Ars”.

www.parroquiasantamonica.com

Vida Cristiana